

CAPITULO VII.

DE UN CASO PARTICULAR QUE SE SUCEDIÓ CON UN
NOVICIO Y DE SU DICHOSA MUERTE.

Estando este siervo de Dios en el Convento de Acámbaro, donde estaba el Noviciado de la Provincia, tocando á media noche à maitines un Novicio, al tocar la esquileta se le volcó y subiendo arriba para echarle mano, salió el siervo de Dios del coro dándole voces que se detuviese lo cual hizo el Novicio asombrado: y subiendo arriba à la azotea empezó á azotar con la cuerda al demonio y decirle muchos improperios, con que le expelió con grande estruendo. Y volviéndose

el Novicio le dijo que diera muchas gracias à Nuestro Señor por haberle librado de las manos del demonio, que queria precipitarlo y hacerlo pedazos.

Partióse de aquí al Convento de Valladolid, donde hizo pausa el tiempo para que fuese à gozar del premio de sus virtudes, y enfermó de muerte y levantándose el sentimiento general de toda la ciudad, empezó à hacer su oficio conmoviendo à los cabildos Eclesiastico y secular para que concurriesen à verle y visitarle en la humilde choza de su pobre celda, donde le hallaban con la tranquilidad y sosiego que la nave surta en el puerto. Al fin llegó la hora y después de recibidos todos los Sacramentos, hizo el último Sacrificio y dió el alma à su Criador, empezando él con los gozos como nosotros con los sentimientos de verle partir, por la falta de su sombra, conversacion y ejemplo. Pero como el alma del justo se mejora en la muerte, porque saliendo de nosotros le reciben ángeles, estas mejoras nos consuelan y tiemplan el sentimiento. Y así muera el justo (dice San Lucas) el que pidió de puerta en puerta, que en las del cielo tiene ángeles que le reciban: "Factum est ut moreretur mendicus, et portaretur ab Angelis" Muerto este siervo de Dios acudió toda la

ciudad, con la novedad que causa la muerte de un justo, y enteróse en el mismo Convento donde tomó el hábito. Después de enterrado por mucho tiempo, salió de la sepultura un olor y fragancia muy suave, con que se acabaron de confirmar las esperanzas de los que le vieron partir.

Solo un sentimiento me resta significar; que el cuerpo de este siervo de Dios no se sabe dónde le ha ocultado el tiempo, porque como la iglesia se hizo de nuevo y el descuido fué sucediendo á los años, no paró hasta trocarse en olvido; quizás por alguna particular providencia ó porque no le merecimos ó porque le merezcamos a fuerza de deseos. Y así espero en su Divina Majestad que le hemos de hallar para consuelo nuestro y de los que veneraban su santidad.



CAPITULO VIII.

DE LA VIDA DEL CONTEMPLATIVO FR. JUAN GALLINA.

Fué este siervo de Dios contemporáneo del santo Castro, y tan igual á él en espíritu y castidad, que podian ser atlantes de su Provincia y querubines de su templo. Tomò el hábito para lego en el convento de Valladolid y profesó con la prosperidad que goza el que halla una mina de gran tesoro, y desde luego empezó á servir á la religion con la prontitud que vinculó en la profesion, sin faltar un punto de su perfecta observancia. Y como el fundamento de ella es la pobreza evangélica, empezó por ella, y fué tan pobre que en toda su vida no tuvo

más que un hábito á raíz de las carnes, y ese tan roto y remendado, que más parecía composición fingida que hábito religioso. Anduvo descalzo muy de ordinario, y no tuvo por cama más que una tabla de dos cuartas de ancho, donde el cuerpo apenas podia contenerse y por cabecera un trozo de viga en que inclinaba la cabeza. Despuea de haber cavado de sol á sol en la huerta, en cuyo ministerio se ejercitó muchos años, donde se ensayó para el ejercicio de la oracion mental, en que fué tan singular que todo el tiempo que vacaba del oficio activo, le daba á la contemplacion, haciendo de su celda oratorio y retiro para gozar sus raptos, donde le hallaban muy de ordinario media vara del suelo, arrobado en el aire, y en el coro muchas veces, sin faltar en su vida del oficio divino, con tanta permanencia y continuacion, que parecia en el coro estampa de relieve, que á cada hora le veian con la inmovilidad como si lo fuera.

Floreció con particular excelencia en la caridad, porque su espíritu fuese tamaño entre otros, como lo es esta virtud entre las virtudes; con cuyo motivo, era tanto lo que amaba á los no-

vicios y gente moza de la religion, que á todos los abrazaba, regalaba y consolaba con tan tierno afecto, que en viéndolos en cualquier desconsuelo se iba á ellos desolado, como la gallina á la proteccion del polluelo, y los congregaba debajo de sus brazos con los arrullos y cariños que ella debajo de sus alas, llorando con el affigido tan tiernas lágrimas que parece que le daba á beber en ellas el alma derretida. Por eso se llamó Fr. Juan Gallina, siendo su Alcurnia de Lozano. O porque David se la dió en la moralidad con que pintó su caridad, "Tanquam Gallina congregans pullos suos." De esta virtud le nacia las lágrimas tan ordinarias en su rostro que le tenian dos surcos, como los hicieron en el venerable rostro de San Pedro, que fueron los que miró David en el suyo por trofeos de su sentimiento: "Exitus aquarum dudeduxerunt oculi mei" y así este siervo de Dios traia el rostro de ordinario tan lloroso y tierno, que se dejaba amar y reverenciar sin conocerle, dándole el título de santo que escondia su humildad.

En los años veinte ó más, últimos de su edad, vivió en el convento de Guantzindeo, donde si-

guió las mismas huellas que en todo el discurso de su vida, y como aquel convento es bajo y de adobes, el tiempo descubrió por sus aberturas los secretos de las celdas; y así cayendo la de este siervo de Dios pared y medio de la casa de Martín Hernandez, la gente de ella (que era mucha) advertida de su santidad, le asechaba todas las noches por un agujero, y le oían muchas veces andar al redopelo con el demonio y que lo repelia y despreciaba con palabras de vituperio, y que en medio del estruendo y alboroto por acabarlo de echar de sí, se azotaba con tanta fuerza que ahuyentaba al demonio y atemorizaba á los que le escuchaban y compungidos se retiraban á su casa. Es todo este tiempo despues que acababa su labor en la huerta, se lia y llamaba á todos los indizuelos y los expulsaba, remendaba y socorria con algun regalito del refectorio ó de los que permitía su estrecha pobreza. Fué el universal remedio de los pobres socorriéndolos en persona con cuanto podía y como su santidad era tan conocida, lo tenían por bien los guardianes, y así en la portería les amistraba con lo que podía, siempre llorando, por que en cada pobre se enternecía con Cristo en

pobrecido, y así libraba el crédito de su caridad en las lágrimas de los ojos, llorando toda su vida, como el Apóstol, por amonestarnos con ellas: "Per triennium non cessati die ac nocte, cum lachrymis monens unumquemque vestrum."

CAPITULO IX.

DE LA MUERTE DE ESTE SIERVO DE DIOS.

En esta perfeccion y estado cogió al siervo de Dios, Fr. Juan Gallina, la postrera edad, que fué de más de setenta años, corridos en este destierro con los empleos que hemos visto. Al fin enfermó en el pueblo de Guantzindeo donde una señora llamada Francisca de Raya, muy devota de nuestra orden y particularmente de este siervo de Dios, estando en la hora postrimera envió à llamar al Guardian del Convento y à este su devoto; y despues de haberse consolado espiritualmente con sus hermanos, le pidió

à este siervo de Dios que le diese algo para su partida: él le respondió que le daba todos los actos meritorios que podía, si tenia algunos, pero que fuese consolada, que dentro de ocho dias se verin allá. Despidióse con esto, y luego à puestas del sol, murió la señora, y muerta, otro dia asistió este siervo de Dios al entierro y funeral, y corriendo el novenario enfermó de dolor de costado, y luchando con su espíritu jamas pudo derribarle en la cama, hasta el último dia, que despues que recibió todos los Sacramentos, lúnes, à las cinco de la tarde se acostó en la cama y llamó à su Guardian y le protestó sus defectos, dijo sus culpas y pidió hábito y sepultura de limosna: y despues de estos actos tan dignos de su santidad, à puestas del sol espiró, y dió el alma al que la esperaba à la misma hora que cumplió los ocho dias que prometió à la difunta, sin faltar un punto. Enterróse en el mismo Convento, con concurso de toda aquella comarca.

Quedaron los pobres, los devotos y religiosos, como los polluelos, que muerta la madre todo se les và en piar, buscandola de una en otra parte: y así los pobres le buscaban en sus necesidades, el devoto en sus menesteres y el religioso en el consuelo espiritual, porque todos le

tenian con verie y así le aclamaban en todas ocasiones, como á quien las sabia socorrer. Llegaron estas voces á oídos de los Prelados, y determinaron de sacarle de la sepultura y colocarle en lugar más decente é igual á sus merecimientos.

Corrieron más de treinta años estas esperanzas, hasta que el P. Fr. Alonso de Sta. María, con comision particular, fué al convento de Guantzindeo á sacarlo de tierra; y abriendo la sepultura para trasladar los huesos, convocó la gente más devota, y concurriendo otra tanta, dieron con ellos; pero como Dios es maravilloso en sus santos, en cada uno muestra lo que los quiere, y así lo mostró con este su siervo; pues toda la cal que le hecharon sobre su cuerpo cuando lo enterraron, se levantó arriba y formó una como bóveda, que parecia hecha á mano: y por la parte cóncava quedó el cuerpo tan estampado, que parecia obra de vaciado: de suerte que sacada la torta ó boveda de cal se miraba el cuerpo como si fuera molde suyo. Admiráronse los presentes y confirmose la devocion y trasladaron los huesos con el gozo que merecia su santidad y en una caja de madera, los colocaron al lado del Evangelio, donde están tan blancos, sólidos, suaves y macizos, como el marfil, burlando del

tiempo, pues en más de treinta años que estuvieron debajo de la tierra, salieron como de una arca. El P. Torquemada (1) dice que el cuerpo de este siervo de Dios está en Guaiangareo, porque se lo dijo la relacion: pero no estan sino en Guantzindeo con sumo consuelo de toda aquella comarca, donde supe algunas profecías de este siervo de Dios cumplidas, y por tales repetidas; pero por no tener bastante testimonio, no las pongo, por que el autèntico que tenian, se le ha quitado el tiempo, y así las remito á Dios, como fuente del profetizar para que las descubra cuando fuere servido.

[1] L. 3.º, Cap. 85, P. 672.

Sierr Refectorero del convento de Tzintzulan, sobre el amasar del pan tuvo con otro religioso una pesadumbre; y estando la razon de su parte se aplicó la pena, confesando la culpa por suya. Y así à medio dia estando los religiosos comiendo en el refectorio, entrò por medio de él, desnudo en paños menores, dándose unos azotes tan crueles, que atemorizó à los circunstantes. Y habiendo dado la vuelta entera se fué à los piés de su reñido, y arrodillándose à ellos confesó à voces su culpa, y se los besó con tanta ternura, que pudieron ser sus lágrimas lavatorio de la culpa. De este tamaño fueron todas las mortificaciones de este siervo de Dios, y así subió tan de punto sus virtudes que no parecia sino endiosado, cuya opinion, como aroma derramado, excedia los límites de la Religion y oia ya por todo el el siglo, con que la aclamacion le daba atributos que negaba su abatimiento; y así le llamaban para todos los menesteres y en las necesidades le consultaban el expediente más conforme.

Sucedió pues en el pueblo de Querétaro que murió una niña, los padres acudieron à este siervo de Dios con la niña muerta, pidiéndole que doliese de ellos, interponiendo su valor para que Dios les volviese lo que les habia quitado. En

tonces el siervo de Dios, herido de estas voces y lastimado de estos ruegos, levantò los ojos al cielo, hecha una y breve oracion hizo la señal de la Cruz sobre la niña y la resucitó, con que quedaron los padres consolados y Dios engrandecido en su siervo. De aquí levantó la estimacion nuevos afectos y le visitaban muy de ordinario todas las personas de la República, entre las cuales le visitaba una más de ordinario por ser muy devoto y amigo suyo; y entrando en su celda le halló expulgando, y el buen hombre por ayudarle le cogió la tunica y se la expulgó; y viendo que se le habia suspendido, levantó los ojos y le vió arrobado, y sobre su cabeza un resplandor ó luz tan hermosa que se asombró y dió gracias à Nuestro Señor.

Estando en el pueblo de Tarecuato, movido del recogimiento de aquel convento y de la soledad del sitio, se dió à la oracion con tan ardiente espíritu que un dia le dió Nuestro Señor una consolacion interna tan vehemente, que si le dura un Credo más, se le arranca el alma: y así le quedó el espíritu tan saboreado, que cada rato se elevaba y andaba fuera de sí, porque si no erá à Dios no tenia otra cosa en su alma, como dijo San Antonio en la fiesta: "Bona anima, quæ foris est, ut verbum intus sit. Despues de

muchos años de edad adoleció en el pueblo de Querétaro, y despues de recibidos todos los Sacramentos dió su alma al Criador con las esperanzas que cada una de sus virtudes le aseguraban. Enterraronle en el mismo convento, con consuelo de toda aquella República.

CAPITULO XI.

DEL SIERVO DE DIOS FR. JUAN GALVAN MALDONADO.

Nació en Estremadura y pasó á la Nueva España, donde siguió el camino del vicio y libertad con resolucion y desafueros, por que los de su condicion eran terribles. En fin tocóle Dios y tomó el hábito de N. P. San Francisco en esta Provincia y prosiguiendo el año de su aprobacion, todavia los brios de su condicion le hervian en las venas, y no podia reducirse á la mansedumbre del nuevo estado, y así los preladados determinaron quitarle el hábito en ocasion en que el santo Gallina estaba en el convento

Y llevado de algun motivo oculto lo encomen-
do à Nuestro Señor, porque veia que habia de
aprovechar mucho en la religion; y desde aquel
punto se sosegò y quietò, trocandose en un re-
trato del que le habia encomendado á Dios pro-
cuaando desde luego fijarse en aquel estado. Y
como creciese en él como espuma, procuró bus-
car mayor desembarazo para darse à la oracion
y así se pasó á la Dezcalsés, que entoncés era
Custodia la que hoy es una Provincia muy ob-
servante, donde fué recibido con la opinion que
de acá llevaba, y como era de Santo todos à
boca llena se lo llamaban. Y llegó á tanto es-
tremo que impusieron los prelados obediencia
no se lo llamasen y era en vano, porque el con-
cepto que tenian y veian de sus obras sin saber
como, arrojaba las palabras por la boca sin acor-
darse del precepto y cuando lo conferian, se ad-
miraban: y así se lo llamaron generalmente, por
que entendian que era motivo superior el oculto
que le daba aqueste título.

No hubo virtud en que no fué estremado, par-
ticularmente en la secuela del Coro, donde pa-
saba toda la noche, fuera de un rato que toma-
ba de alivio, para que no le faltasen las fuerzas
naturales: y para esto tenia una celda muy pe-
queña y por cama dos tablas muy angostas y

un trozo por cabecera. De dia no le veian en el
Convento sino en la huerta trabajando, donde
tenia su retiro en un rosal, y allí pasaba sus arro-
bos, éxtasis y raptos; y así le vieron muchas ve-
ces arrobado en el aire, insensible y con rostro
tan hermoso y encendido como las rosas heridas
del Sol, siendo el cielo el blanco donde fijaba
los ojos, tan inmóviles como sus ástros y plane-
tas. En esto es ejercitó toda su vida y fué re-
putado por singular en la oracion mental, á cuya
opinion un clerigo llamado Fulano de la Plata
y otros sus confidentes quisieron tentar à este
siervo de Dios, y saber si era espíritu verdadero
el suyo, llevados de una vana curiosidad (esco-
llo donde topa la rectitud de la razon). Llegaron
à la portería y pidieron que lo llamasen, que
querian comunicarle cosas de su consuelo espi-
ritual. Fué el portero y díjole como le busca-
ban: y conociendo el intento le dijo que les res-
pondiese que se fuesen con Dios. pues no los
habia traído à la curiosidad con que venian: y
así compujidos se volvieron.

Dos religiosos, grandes amigos de este siervo
de Dios, quisieron imitarle el modo de vida y

de la oracion mental, y dentro de pocos dias el uno perdió el juicio y el otro estuvo à la muerte; con que entendieron que aquel espíritu era solo de este siervo de Dios y no de otros.

Ultimamente viviendo fuera de la ciudad de México, tuvo nueva que el P. Fr. Diego de San Pedro, religioso muy observante y à quien amaba tiernísimamente estaba muy malo y así se partió à verlo por la posta, y cuando llegó le hallò ya sin habla y sin pulsos. Condolido de su hermano y de la falta que habia de hacer en la Custodia por la importancia de la persona, se fué al Santísimo Sacramento y le hizo una muy larga oracion pidiendo à Nuestro Señor trocarse la sentencia, que muriese él y viviese el enfermo. Volvió de la oracion y en el mismo punto empezó à mejorar el enfermo y él empezó à enfermar, y al paso que el uno sanaba iba el otro enfermando; y cuando el P. Fr. Diego de San Pedro llegó al punto de la mejoría, llegó este siervo de Dios al de la muerte. Lleváronle à la enfermería de San Francisco de México, donde murió luego, con tan grande opinion que sin conocerlo en la ciudad se conmovió toda y acudió à su entierro, quitándole el hábito à pedazos, por

estimar sus reliquias. Despues de muerto declaró su confesor como muchas veces en su celda se le habia aparecido la Virgen Nuestra Señora de quien fué devotísimo. Está enterrado en S. Francisco de México entre otros muchos siervos de Dios que tiene aquella gravísima iglesia.

CAPITULO XII.

DE LA VIDA Y MUERTE DEL P. FR. MIGUEL
DE SAN GABRIEL.

Cada vez que me acordaba de este Apostólico Varon en el progreso de esta historia me daba prisa por llegar á referir su vida, porque como todavia el eco de su conversacion lo estamos oyendo tan sonoro, honesto y religioso como sonaba en vida, incentivo apresuraba las memorias de su apostólica vida.

Tomó el hábito en la Provincia de Castilla, siendo el natural de Toledo con las demostraciones que suele el fuego en los combates de la fragua, que arroja chispas y centellas y dá con

ellas en los ojos. Así fué este apostólico Varon, que apenas entró en la fragua del noviciado, cuando dió en los ojos con las centellas de su virtud, fraguando en su pecho los más vivos afectos que pudo un angel en semejante empleo. Profesó y en los primeros años de la Religion pasó á la Nueva España, ordenado de Evangelio, asignando para esta Provincia, donde incorporado como las partes personales eran de proporcion amable, se llevó los ojos de todos y tras ellos la voluntad, particularmente de los superiores; y como venian con fiador tan abonado como el de su virtud y observancia, tuvo luego ascenso á muy buenos puestos; pero como el mandar es cuesta arriba para el virtuoso, á la tercera vez que fué Guardian lo renunció todo, con propósito de no admitir oficio en su vida, como lo hizo.

Desembarcado ya nuestro ángel Gabriel, empezó el espíritu á reformar vejeces y algunas distracciones nacidas del gobierno, que tal vez son abortos que relajan el vigor del espíritu más robusto, y así se recogió al convento de Eron-garicuaro donde vivió muchos años con el sosiego que la ciudad puesta en la cumbre del monte, ejercitándose solo en administrar los Sacramentos á los indios y en la oracion y secuela de

coro, con tanta continuacion, que ya el vivir y conversar suyo era en el cielo con los ángeles. De cuya escuela salió tan perfecto, que en toda la latitud de nuestra regla no se le conoció defecto positivo que pudiese desdorar los crisoles de su observancia. Esmeróse en la de la pobreza, tanto, que no tuvo debajo del cielo mas que su hábito, paños menores, su brevario y una cruz de palo en la celda, con quien conferia los afectos de su alma. Siempre anduvo descalzo y tan honesto y agradable en el aspecto, que le amaban reverencialmente solo con mirarle, y sobre todo lo que tuvo este siervo de Dios, muy particular la candidez de sus palabras, y así no hubo persona que en toda su vida le oyese hablar palabras superfluas, y muchas veces con este cuidado los religiosos, estando presente este siervo de Dios, introducian alguna conversacion tocante el gobierno de la provincia, por ver si se descuidaba, y apenas empezaban la primera palabra, cuando encogia los hombros y los descuidaba y se iba derecho al coro à encomendar à Dios aquellas materias, pareciéndole que el oirlas era culpa que le acusaba. Por esto se introdujo entre los religiosos un respeto reverencial, que delante de él no se trataba más que del servicio de Dios, à que él

respondia con una dulzura de palabras que enternecia el alma, dándole una consolacion interna en que todos conocian la perfeccion de este varon apostólico, y así era el comun recurso de los afligidos, en quien hallaban el consuelo que nuestros antepasados en el Seráfico Doctor San Buenaventura, de quien se lee que solo con mirarle el rostro se aplacaba el iracundo, y con oirle sus palabras el más afligido se reducía y quedaba con la serenidad que el valle con la presencia del sol. Así fué nuestro Fr. Miguel de San Gabriel, en quien su eleccion ó la de Dios en ella, le dió dos nombres de ángel para mostrarnos en ellos que lo era dentro y fuera, así en los adornos del alma como en los del cuerpo siendo su conversacion y palabras, instrumentos con que acreditaba esta verdad, y así el mirarle era para que el iracundo se compusiese, para trocar la afliccion en consuelo y alivio como el que tuvieron los que le alcanzaron.

Un religioso de todas prendas que alcanzó y comunicó à este siervo de Dios, me dijo con particular admiracion, que una de las cosas que le habian admirado en este reino era, que este siervo de Dios no hubiese hecho infinitos milagros, porque cuando miraba su vida, examinaba el tiempo de su mucha oracion y atendia à la

candidez de sus palabras y observancia de su regla, encogía los hombros y remitía el caso a los grandes juicios de Dios, y así como no es de esencia de la santidad el hacer milagros, sino virtud *gratis data*, y que no se dió al Bautista, siendo las primicias de la gracia, quedó la de este siervo de Dios en la opinion de todos con los reulces que merecia. Pasó de esta vida en el convento de Erongaricuaro, donde está enterrado, dejando á esta provincia en tan vivos sentimientos, que hoy enternece el oír repetir la falta de este ángel en el nombre y en la vida.



CAPITULO XIII.

DE UN CASO MEMORABLE SUCEDIDO EN EL CONVENTO DE URUAPAN.

Siendo Guardian del Convento de Uruápan el P. Fr. Alonso Templado, religioso de mucha virtud y observancia y de los primeros que tomaron el hábito en esta Provincia, llegó á aquel pueblo un hombre que venia de la tierra adentro tratante y contratante de los géneros más corrientes de entonces, y viendo que el Guardian era tan siervo de Dios, determinó dejarle lo que no dejara menos que así satisfecho y le dijo y rogó que le guardase una poca de plata donde fuese servido, como la seguridad fuese como la